
Carlos Martínez Moreno*

*DE LA FILOSOFIA SOCIAL
A LA CIENCIA: condicionamientos
históricos e intelectuales.*

Desde hace décadas, aunque en circunstancias bastante precisables histórica y culturalmente, la sociología ha empezado a recorrer el camino que la llevaría de la filosofía social a la ciencia empírica. Esto ha ocurrido fundamentalmente a raíz de la evolución operada en el mundo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. El mundo se dio entonces a entrever y prever un “cambio social acelerado”, como en el eufemismo de coloquios y simposios empezó a formularse. Y, por consecuencia, se entregó a elaborar las formas que dieran un andamiaje a ese cambio y pudiesen prepararlo o, al menos, afrontarlo. Se buscó transitar el camino que se daba a recorrer entre las opiniones y las ideas (los conceptos) por un lado y los hechos empíricamente verificables por otro. Ese extremo concierne al mundo entero, en los nuevos tiempos que para él se abren, pero muy estratégicamente, como veremos luego, concierne a América Latina, continente de la dependencia y el subdesarrollo. Se invocó la necesidad de apelar a la historia y a la historicidad, a una mayor precisión en las metas sociales y científicas y a una revisión en la deontología, en la condición y ocupación del sociólogo y en las responsabilidades éticas de su quehacer profesional. En esa confluencia

* Durante ocho años fue profesor de la FCPyS. El trabajo que ahora reproducimos fue presentado para obtener la plaza de profesor titular A en Teoría Social. El mismo —apenas unos días antes de la muerte del catedrático— resultó triunfador del concurso que para tal efecto convocara la Facultad en 1985. Sobre su trayectoria profesional y militancia política ver, en la sección de *Sociológicas*: “Carlos Martínez Moreno, escritor del exilio”.

nacen la lucha y la confrontación entre lo que se dio en llamar “la sociología científica” y “la sociología crítica”, en el cuadro de un universo cambiante, donde entran a jugar nuevas fuerzas, las cuales suponen —entre otros correlatos— formas renovadas de la elaboración del pensamiento y de la investigación, un estilo diferente en la estructura de las nuevas organizaciones del trabajo científico, mayores costos y otros modos de realización (en grupos, con muy diversa exigencia académica, etcétera).

La era de los pensadores y el instrumento elocutivo del *ensayo* habían cumplido ya su instancia vanguardista (pero de todas maneras superable) de iniciación en las ciencias sociales. El quehacer del sociólogo reclamaba tornarse específicamente otro que el del intelectual de élite, elocuente, formalmente suntuoso en la riqueza de su verbo. No hay por qué referir necesariamente esa etapa a lo que se ha llamado el *arielismo*, como prosapia del pensamiento idealista y anti-positivista. Carlos Real de Azúa ha acertado en decir que tal designación comporta un anacronismo y una sustancial obsolescencia.¹ Lo que sucede es que el mundo de la posguerra está preñado de nuevas acechanzas político-sociales y la ciencia social tiene que ser movilizadora, en previsión y correspondencia de esos cambios. Irrumpe el concepto de *modernidad* que, manejado desde los días de Max Weber, nunca ha sido definido y delimitado con precisión. Se sabe mejor lo que se quiere y requiere: una mayor especificidad histórica en el análisis social, un margen mayor y más concreto concedido a la circunstancia situacional, en tiempo y lugar; y eso no lo da el simple juego de *las ideas*. Hay que acudir al *datum*. En el siglo XIX cada concepto suponía la cosmovisión personal de su autor así como un predominante apego a las meras implicaciones formales (o supraestructurales, para decirlo con lenguaje marxista) de la realidad. Era la visión juridizante ideal de la sociedad, propia del país de los bachilleres o de la *intelligentsia* de los doctores. Era el auge de lo que el publicista chileno Alejandro Alvarez llamó, con memorable expresión, la era del “progreso manuscrito”. Correspondía a la devoción por los modelos europeos y en América Latina, fundamentalmente, afrancesados: como consecuencia de la todavía cercana boga del iluminismo, del Siglo de las Luces, es cierto que contrarrestada luego (pero esto aún no se veía claramente entonces, por lo menos en América Latina) por la profesión, más estética que filosófica, del irracionalismo romántico.

La enseñanza de la sociología en las universidades y en las cátedras se abre —para nuestro mundo— en el último cuarto del siglo XIX. La forma y el modelo de expresión, el cauce académico en que se vierte son

¹ Gunder Frank, Real de Azúa, González Casanova, *La sociología subdesarrollante*, Montevideo, Revista Aportes No. 6-7, 1969, p. 168.

los del *ensayo*, “más comentario que información, más interpretación que dato, más reflexión que materia bruta para ella, más creación que erudición, más postulación que demostración, más opinión que afirmación dogmática, apodíctica”, como ha escrito Real de Azúa.² Su ámbito de alternativa oral era *la clase magistral* o la docta conferencia en el foro ateneísta. La cauda iluminista, la frecuente modalidad de la abstracción, la solemnidad de la sintaxis, la carencia de acento nacional y el tono asertivo o negativo de la valoración imperaban en tales ocasiones, así como en la consigna universitaria de *la tesis* abogadil o cultural. Esto suponía, claro está, una extemporaneidad de aproximadamente medio siglo, con respecto al panorama de las Ciencias Sociales en Europa, donde ya habían imperado, y en algunos casos pasado al silencio físico, Henri de Saint-Simon, Auguste Comte, Marx o vivían aún Emile Durkheim, Max Weber y George Simmel. Y realidades tan tangibles como la de las clases sociales no habían arribado aún a la cátedra de nuestras esclarecidas minorías.

En la conformación de ese cuadro tienen que ver los soplos de reformismo que llegan desde afuera y los desniveles naturales que el propio medio nos dicta desde dentro. En 1845 Domingo Faustino Sarmiento escribe *Facundo*, subtítulo Civilización y Barbarie, que ilustra respectivamente sobre los escenarios de la ciudad y el campo; y aparentemente nadie advierte que la ignorancia y el atraso son, a su vez, el efecto de otras causas.

La distinción entre *los pensadores* y *los científicos* no tiene todavía predicamento, pero va a abrirse camino al paso de los años que vendrán.

Con la posguerra, en efecto, se cobrará conciencia, en el dominio de las ciencias sociales, del atraso de la investigación empírica en nuestro mundo y se asistirá al cotejo beligerante y cada día creciente entre la filosofía social y la ciencia empírica, que en el ámbito europeo ya se ha hecho visible y ha desarrollado su heterogeneidad de trillos metodológicos. Cuando en los Estados Unidos sobrevenga, por ejemplo, el *funcionalismo*, con la exageración de su carácter ahistórico, los latinoamericanos estaremos mejor precavidos para resistirlo porque no habremos abandonado, por nuestra parte, los fueros de la historicidad y el historicismo. El problema será entonces el de discernir, sin prejuicios y sin falsos orgullos de parroquia, si hay una sociología latinoamericana específicamente diversa de la sociología universal o sólo diferencias de matiz, énfasis y acentos, más que de entendimiento científico de las consiguientes realidades que debe enfrentar el investigador. Durkheim

² Solari, *et al. Teoría, Acción social y desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1981.

propuso, como exigencia de legitimidad en la existencia de una nueva ciencia, el doble requisito de un objeto propio y de un método propio. Y José Medina Echavarría, acaso el fundador de nuestros sociólogos profesionales y sin duda el primero cronológicamente entre nuestros sociólogos institucionales, propondrá que la Sociología, como ciencia, es teoría más técnica de observación³ y que, como tal ciencia, debe luchar contra las categorías irracionalistas. “La ciencia sólo es un intento de racionalizar la realidad”, dice Solari.⁴ Los conceptos trascienden la verificación empírica y por tanto, estrictamente, escapan a la ciencia (con razón decía Durkheim que “el progreso” no era “una cosa”, o sea “un hecho social”).⁵

Con Auguste Comte, Durkheim y Max Weber la sociología sienta definitivamente plaza como ciencia empírica, extremo hoy sustraído a toda discusión. El paso de la filosofía social, conceptual y axiológica, a la sociología, ciencia empírica, se ha producido irreversiblemente. Y, por ende, han adquirido importancia central, en esta última, los problemas metodológicos. Como sostiene Solari, al filósofo —en cuanto tal— nadie puede contestarle la pregunta *¿Qué es lo social?*⁶ Y es, en cambio, la pregunta principal que tiene que formularse y responder la sociología como ciencia (Durkheim). Max Weber dijo que en tanto las ciencias naturales procuran el objetivo de la certidumbre, las ciencias de la cultura (y, entre ellas, las Ciencias Sociales) sólo buscan el de la probabilidad. Ese desplazamiento llama, inevitablemente, al punto del papel de *la ideología* en las ciencias sociales, propuesto hoy en una acepción menos simple que aquella en que lo debatieron Enrico Ferri y Alfred Fouillée en la *Société Internationale de Sociologie* cuando el primero afirmaba que la sociología sería socialista o no sería y el segundo replicaba que el socialismo sería sociológico o no existiría.⁷

El papel de la ideología en las ciencias sociales está vivamente planteado hoy y tiene que ver con lo que C. Wright Mills ha designado como el *ethos burocrático*, refiriéndolo a algunas de las actuales tendencias de la sociología norteamericana.⁸ En alguna medida me parece una controversia insoluble y obliga a incurrir en distinguos tan especiosos y bizantinos como el de limitar la vigencia y la validez del *funcionalismo* a los límites de la fisiología social, aunque haya que resucitar, a tales efectos, la terminología fundacional de St. Simon. No menos azaroso

³ Medina Echavarría José, *Sociología, teoría y técnica*, México, FCE, 1941.

⁴ Solari et al, *Op. Cit.*, p. 36.

⁵ Durkheim, Emile, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Pléyade, 1978, p. 45.

⁶ Solari et al, *Op. Cit.*, p. 37.

⁷ Ganón, Isaac, *Sociología General*, Montevideo, 1952, T. 1, p. 21.

⁸ Mills, C. Wright, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1961, cap. V.

se me antoja, en cierto sentido, recomendar la pluralidad de abordajes en la Sociología, como aparece recetándolo el autor brasileño Florestan Fernandes.⁹ Y, en el otro extremo, proscribir sin discriminaciones toda mención a lo ideológico en la tarea del sociólogo, haría incurrir a éste en el riesgo de ser considerado un *hechólogo*, como diría gráficamente el argentino Alfredo Poviña.

La neutralidad axiológica o valorativa del sociólogo plantea, bajo un sesgo afín, las mismas cuestiones. Lo que cuerda y legítimamente puede demandársele al sociólogo es que no dé a la doctrina el espacio de los hechos y, por tanto, que no confunda o imbrique a una y a otros. Medina Echavarría ha mostrado, en ese sentido, que la sociología científica se halla situada entre dos fuegos y que el sociólogo “ha sido y es un depurable nato y esto cualquiera que sea el depurador”. “En una época de intensa ‘politización’ —escribe— el científico social ha sido fatalmente la primera víctima, y el silenciado con mayor vigor... No disfruta de la neutralidad fácil del científico de la naturaleza ni puede, como el filósofo, remontarse a alturas inaccesibles de abstracción o arrojarse en la magnífica soberbia de un oscuro lenguaje. Las experiencias totalitarias muestran por eso el alto porcentaje con que la ciencia social ha contribuido a las distintas depuraciones universitarias”.¹⁰ Hay algo que los tratadistas evitan decir en su crudeza: las metas del *saber*, en el campo de las ciencias sociales, implican a menudo la posesión de *poder*. Es lo que ha llevado a que fuera tan escandalosa la tentativa de encuesta en el campo universitario (descubierto publicitariamente en Chile) que se conoció como *Plan Camelot*.¹¹ Ese es uno de los espectros que alientan tras la tarea de algunos sociólogos norteamericanos y que mueven a tanto recelo y desconfianza acerca de los designios que, en sus empresas de averiguaciones, animan a algunas fundaciones, aparentemente pródigas en la administración de sus medios de financiamiento.

Se plantea aquí el problema de la relación entre sociología y praxis, que Medina Echavarría no confunde con el de la naturaleza de la sociología como ciencia. A 20 años justos de sus “*Presentaciones y planteos*” (texto editado por UNAM en 1953) el autor vuelve sobre el punto (en sus textos reunidos por ILPES y editados por Siglo XXI en 1973) y agrega que “La Sociología se proyecta como disciplina de naturaleza funcional capaz de desprender, al igual que otras de esa misma clase, orientaciones precisas para la conducta práctica. La praxis derivada del

⁹ Fernandes Florestan, *Elementos de sociología teórica*, en Solari, et al. *Op. Cit.* p. 41.

¹⁰ José Medina Echavarría, *Filosofía, educación y desarrollo*, México, Siglo XXI 3a. edición, 1973, pp. 270-1.

¹¹ Solari, et al. *Op. Cit.*, p. 54. Real de Azúa, *Op. Cit.*, p. 125.

análisis sociológico no pretende la reforma o transformación completa de la estructura social, sino la eficaz actuación sobre uno u otro de los componentes de la misma, quizá de acuerdo con metas que le han fijado de antemano. La sociología actúa en ese sentido su significación 'operativa' y aspira a ofrecer, como otras ciencias, su repertorio de afinados instrumentos".

"Las ideas de Germani sobre el tema de la neutralidad valorativa —precisa Solari—¹² pueden considerarse las más representativas del periodo que se analiza. Debe reconocerse que existe una tensión entre dos exigencias contradictorias: la de reconocer el papel de los valores en el conocimiento social y la de mantener el ideal de imparcialidad sin el cual la ciencia es imposible. Esos valores pueden tener su papel en el origen de las hipótesis, teorías y conceptos. Pero también obliga a reconocer que la aplicación del sistema de normas propias del *contexto de justificación* es lo que decide el status científico de las proposiciones, cualquiera que haya sido su fuente de inspiración". La cuestión planteada es la de cómo la ciencia puede emitir juicios de valor, "si puede hacerlo con el mismo lenguaje y el mismo método que utiliza para emitir juicios de realidad". Y un juicio de racionalidad, como los que proponía Weber, es un juicio de naturaleza sociocultural.

La década de los años 60 conoció y manejó el auge del concepto de *compromiso (engagement)*. Jean-Paul Sartre lo entronizó en el campo de la literatura.¹³ Los sociólogos lo encararon como el extremo ético de su compromiso con la realidad social que tenían por delante. Siempre se está comprometido, como sociólogo: o con el cambio social o con el *statu quo*, sostuvo una vez el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Y, según recuerdan por separado Real de Azúa y Solari,¹⁴ un grupo de sociólogos se reunió en un seminario celebrado en Buenos Aires en junio de 1965 bajo el patrocinio de la Universidad de la República de Uruguay, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Berkeley (California) y el Congreso por la Libertad de la Cultura bajo la advocación del tema *El sociólogo y su compromiso*; se afirmó allí, sin subsiguiente controversia, que la discriminación ideológica entre los sociólogos iba perdiendo trascendencia y la iba cobrando, en cambio, el "tipo de entrenamiento diferencial" o sea el nivel técnico de reclutamiento y aprendizaje del sociólogo. Este seminario, notorio porque uno de sus fundamentales temas de debate fue el *Plan Camelot*,

¹² Solari et al, *Op. Cit.*, p. 46.

¹³ Sartre, Jean Paul, *Qu'est-ce que la littérature?* en *Situations II*, NRF, París 1964.

¹⁴ Solari et. al, *Op. Cit.*, p. 50. Real de Azúa, *Op. Cit.*, p. 124.

fue editado en Argentina al año siguiente.¹⁵

La más minuciosa reseña de estos temas fue editada, formando parte de las Memorias del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, por el sociólogo argentino Jorge Graciarena, bajo el título *La crisis latinoamericana y la investigación sociológica*.¹⁶ Remitimos al lector a sus minuciosos y lúcidos desarrollos, en la imposibilidad de dedicar a la cuestión el análisis detallado que en un orden ideal sin duda merecería pero que excedería, con mucho, los límites de este trabajo general. Efectúa allí Graciarena un recorrido por épocas y escuelas y estudia puntos de interés tan actual como el de la institucionalización de la sociología, la profesionalización del sociólogo, su formación, la incidencia de la crisis de los años 60 sobre los estilos y contenidos de la investigación sociológica, *el affaire Camelot*, etcétera. Y otro tanto ha ocurrido con los planes llamados —el segundo acaso con más verdad que el primero— *Simpático y Colonial*.

Las inferencias políticas sobre las personas y tendencias de los sociólogos son inevitables y no siempre injustas, como se ha pretendido. Así, Orlando Fals Borda asevera que los funcionalistas son conservadores y los sociólogos que han optado por una metodología dialéctica son revolucionarios, especialmente aquellos que, además de dialécticos, son marxistas.

El problema de *la institucionalización de la sociología*, que acabamos de apuntar a partir de las menciones que de él hace Jorge Graciarena, señala una realidad insoslayable y fuertemente gravitante para la Sociología como ciencia.

La nostalgia acerca del antiguo modo individual y *artesanal* (robinsoniano, diría González Casanova) de asumir la investigación sociológica y la sociología como ciencia, parece ya de un lirismo irrestañable y, como ha dicho Real de Azúa, de una “candidez epistemológica”¹⁷ perteneciente al pasado. “La sociología norteamericana es un cuantioso cuerpo de conocimiento poseído de modo creciente por la conciencia de la seguridad de sus métodos y de la certidumbre de sus resultados”. “No escapa —agrega— sin duda y más bien simboliza ese síndrome de soberbia nacional, ese pecado de ‘hybris’ que tantos norteamericanos advertidos han denunciado como difusa enfermedad de su pueblo”.

Los equipos que hoy se utilizan para la investigación, los costos que

¹⁵ *Del sociólogo y su compromiso*. Sem. Buenos Aires, Ediciones Libera 1966. También: Solari y Seymour Lipset, *Elites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

¹⁶ Jorge Graciarena, *la crisis latinoamericana y la investigación sociológica*, en Revista Mexicana de Sociología año XXXII, vol. XXXII, No. 2. 1970. p. 195.

¹⁷ Real de Azúa, *Op. Cit.*, p. 126.

tal actividad supone, la profesionalización y la dedicación *full-time* que el oficio reclama, han desplazado al viejo espécimen solitario —individual, romántico, con un dejo inevitablemente anacrónico y anárquico— del sociólogo individual, en detrimento de la originalidad y en beneficio equívoco de las virtualidades de la disciplina, la homogeneización y el grupo. Ese otro espécimen nuevo, profesional, con obediente y emparejada formación de *scholar*, es el ejemplar reclamado del actual sociólogo. Lo reclaman las universidades (donde los perfiles de la originalidad de la enseñanza incurablemente decaen), lo reclaman las fundaciones capitalistas y las corporaciones, lo reclaman los organismos supranacionales —del tipo de Unesco, ONU, Cepal, FAO, ILPES y aún los que tienen asignada una principal misión de formación docente, como FLACSO—; y, en última instancia lo reclaman los cuadros de la burocracia estatal, para disponer a partir de ellos de un semillero de tecnócratas en potencia. Lo cual tiene las obvias consecuencias lamentables que cualquiera se imagina sin mayor penuria. Es, repetimos, el *ethos burocrático* del cual C. Wright Mills se compungía, con un fondo de visible sarcasmo, en las páginas de *La imaginación sociológica*. Porque los males de esas formas de reclutamiento y aprendizaje y profesionalización a altos niveles de emolumentos fijos, saltan a la vista. Suelen cifrarse en la rutinización, en la estolidez, en la carencia de imaginación y de brío, en la falta de estímulos para el riesgo y la novedad, en la previsible prima concedida al espíritu de mimesis.

Ese a veces adocenado sociólogo se “facilita” procediendo según *modelos e indicadores* que no siempre entiende, que —como quienes le encargan el trabajo no suelen confiar en él— dejan un espacio cada vez más exiguo y mezquino a los márgenes de su iniciativa, perspicacia y don de empresa personal; y de allí derivan efectos de automatismo y uniformación a menudo torpes, obtusos e indeseables. En una reseña que parece de fantaciencia, un agudo sociólogo español glosa los *Sistemas de indicadores en la investigación sociológica (empirismo versus teoría)*.¹⁸ El investigador se conduce según un repertorio de 1045 proposiciones, ni una más ni una menos, en el cual están previstas todas las variantes imaginables de la realidad social a considerar. Ese falso enciclopedismo de la *empiria* social, este engañoso *vademecum* de todo el empirismo del mundo es antojadizo, limitante y puede ser frustatorio. Propende, inevitablemente, “al proceso de degradación ideológica de la ciencia”, como dice Carlos Moya, aparte de que induce a distorsionar los comportamientos para hacerlos caber y encajar en el lecho de Procasto de la más factible (para el caso) entre las 1045 proposiciones que encorsetan de

¹⁸ Carlos Moya, *Sociólogos y Sociología*, Madrid, Siglo XXI, 1970, cap. VII.

tal modo la riqueza proteiforme de la realidad social. Frente a tales estilos de empirismo concreto a repertorio fijo, no hay duda de que resulta preferible el más tosco empirismo abstracto.

Se tiene así a los sociólogos maniqueístas o ingenuos de *la era del curriculum* (tanto escriben, tantas fichas llenan, tanto valen) y esos sociólogos de la era del curriculum se refugian y emboscan, hasta por un elemental instinto de seguridad, en la sofisticación metodológica y en la terminología esotérica (en la “lengua mandarina”, como diría Paul Valéry). Las programaciones suelen ser estereotipadas y mutilantes, los lenguajes suelen ser criptológicos, hasta el grado de lo ininteligible. Wright Mills, con el único límite de no faltarle moralmente el respeto, descrea de Talcott Parsons (en *La imaginación sociológica*). Dice que de las casi 600 páginas que tiene *The Social System* (528 páginas en la versión española de Alianza Editorial) un 50 por ciento es ininteligible, un 40 por ciento repite lo que ya había dicho por textos mucho más llanos y elementales y queda un restante diez por ciento a considerar por separado, que sería la zona reservable al aporte de la originalidad de Parsons. Y estamos frente a uno de los proclamados grandes de la Sociología contemporánea...¹⁹

Los cuestionarios suelen ser muy poco hábiles o, sin términos medios, pasarse de hábiles para ser policíacos. La batalla por el dato es, en el primero de los supuestos, una batalla baldía y de antemano perdida; y en el segundo caso es una batalla peligrosa para el individuo y la sociedad. Nos movemos entre Escyla y Carybdis: no llegaremos previsiblemente a controlar a otros pero podremos ser controlados por otros. Es el estigma y es la *capitis diminutio* del subdesarrollo.

Hay quien se ha dado a definir cuáles deben ser los términos o, mejor dicho, los esquemas de la *deontología del investigador social*. La sociología crítica, por oposición a la científica, se da a predicarla. Entre los objetos (u objetivos) de tal deontología, debe figurar el de formular los proyectos de investigación con total independencia, con la más íntegra autonomía académica; mantener indeclinablemente el control de los datos en manos del propio investigador; observar el análisis integrado, sin ninguna fragmentación; concluir la investigación y no dejarla inconclusa, no obstante que pueda presentirse que —de se-

¹⁹ En cuanto a la malhadada moda terminológica de los eufemismos y de los tapujos verbales, recuerdo que en 1970 asistí invitado a la hacienda La Catalina, en Costa Rica, a una reunión convocada por la fundación demócrata social alemana Friederich Ebbert, a fin de debatir las premisas del “cambio social acelerado” (otras veces se ha dicho “agresivo”) en América Latina. Eran los mismos días en que Salvador Allende asumía el mando en Santiago de Chile y comenzaba el régimen de la Unidad Popular.

guir hasta el fin— deparará resultados poco halagüeños para quien la encomendó; y, finalmente, dar publicidad a lo actuado una vez concluida la encuesta. Asimismo, es conveniente observar un método histórico-estructural, resguardar siempre el extremo de la historicidad del objeto del conocimiento y custodiar todo aquello que suponga el exceso o la demasía de la historicidad del sujeto investigador (por su posición dentro de los cuadros sociales, etcétera).

De todos esos escrúpulos surgirá, sin duda, el acercamiento de la sociología a la historia social. Un punto a vigilar muy estricta y responsablemente es el de *los ideales del investigador*, que pueden operar de un modo distorsionado en cuanto a los fines de la investigación social. Entre los espejismos de los que más habría que desconfiar por su indiscriminada y no controlada extensión, Real de Azúa pone el énfasis en lo relativo al *ideal de la modernidad*. Nunca se le ha definido bien, pero alienta a menudo tras la actual investigación social de raíz norteamericana, esté ella a cargo de investigadores anglo-sajones o de dóciles discípulos de las universidades o centros de investigación norteamericanos. En los hechos, se opera como si el *desideratum* a alcanzar por nuestra gente y nuestra cultura fuera el de *parecerse al modelo norteamericano*, el de imitarlo, copiarlo y seguirlo.

Como dice Real de Azúa, en la línea de lo que Wright Mills llama “literatura de celebración”, se nos incita —incluso por parte de algunos sociólogos latinoamericanos a los que no sería excesivo llamar cipayos— a *acercarnos* a la sociedad de la abundancia, a emularla y copiarla servilmente. Recuerda en ese sentido Real de Azúa:

No hace mucho tiempo, el periodista Bob Fitch decía que los sociólogos norteamericanos consideran ‘moderna’ una sociedad cuando los mismos que deciden la línea de las carrocerías deciden cuáles han de ser las modas intelectuales que dominen en las Universidades.²⁰

Algo de todas esas novelerías, de todos esos esnobismos culturales que hay que evitar puede advertirse en el seguimiento insuficientemente sentido y pensado que surge del hecho de calcar, en las situaciones que el investigador social tenga que encarar, un sistema como el de las *variables-pautas* de Talcott Parsons, con sus opciones polares antagónicas de universalismo y particularismo, logro y adscripción, especificidad y difusibilidad, etcétera. Tienen lo riesgoso del empirismo abstracto y ninguna ventaja.

²⁰ Real de Azúa, *Op. Cit.*, p. 133 y 172-3.

Llegados a este punto, podemos afirmar que ya nadie discute que la Sociología debe ser, por excelencia, una ciencia empírica y no una mera filosofía social. El camino andado, en ese sentido, es irreversible, lo cual no significa condenar a la filosofía social ni tacharla de ilegítima. Cumplió su papel en la historia de la cultura. Pero, sin estigmatizarla, tampoco se trata de predicar el regreso a ella.

Las diferencias lícitas y concebibles entre los diversos modos de llegar a una meta científica radican o fincan en el diferente modo con que cada proyecto social considera las relaciones entre ratio, ciencia y acción. La ciencia se ocupa de “lo dado” y por definición no valora. Pero esa neutralidad axiológica ni incluye al sociólogo como persona (no se trata de hacer de él un monstruo, por imposiciones del *ethos* científico) ni significa en modo alguno sufragar por el *statu quo*.²¹

Aldo Solari se queja de la pobreza epistemológica –atribuible, según él, a los excesos de la “sociología crítica”– que caracterizaría a la investigación social en América Latina. Es tal –asegura– que a ella se debe que una escuela tan rica en significaciones culturales como la de Frankfurt (y es tal, independientemente de lo que en definitiva se piense de ella) haya podido pasar tan inadvertida en América Latina.²²

En favor de la sociología crítica es mucho, sin embargo, lo que puede decirse. Es la que sigue más vinculada a la línea del *iluminismo* y a lo que significó –en su hora– mayor avance, independencia y dignidad en el cuadro de los valores soberanos de nuestra cultura. Como ha expresado Pablo González Casanova, hay que rescatar un regreso a pautas fundamentales. “En los últimos años –dice el autor– *el sociólogo mexicano padeció el horror de sus propios clásicos*”. Hay que actuar lo necesario para que se vuelva a ellos, a su frecuentación y a su estima. Y, sin regresar a la investigación artesanal ni a los sociólogos Robinsones, lo cual –a esta altura– además de anacrónico sería impracticable, hay que volver a grupos más reducidos y que preserven mejor los fuegos y los perfiles de la individualidad dentro del quehacer científico y de la disciplina del trabajo.²³ Hay que retornar, asimismo, a la crítica histórica y a la crítica documental. Y, con sentido crítico indeclinable, hay que mirar otra vez hacia los grandes maestros de la Sociología (St. Simon, Comte, Durkheim, Marx, Weber). La ciencia nos ayudará a determinar cuáles son los fines válidos y los mejores medios para conseguirlos.

En un mundo en el cual el hombre comienza a recelar que algún día

²¹ Solari et al. *Op. Cit.*, p. 69.

²² *Ibid*, p. 67.

²³ González Casanova, *Op. Cit.*, p. 191.

no pueda ya detenerse a las fuerzas apocalípticas de destrucción lanzadas al juego, no es lícito movilizar lo que Moya llama “un cierto terrorismo empirista”²⁴ a cuenta de la imperiosa necesidad de conjurar a los filósofos sociales y a los críticos de la cultura. Tantos crímenes, después de todo, no han cometido; y un estilo de racionalidad cibernética que pretendiera proscribirlos del mundo en nombre de la razón sería, sin duda, el extremo más amenazante y en definitiva más irracional. De algún modo hasta aquí hemos llegado, aunque nadie parezca contento ni satisfecho con su propia contabilidad en la aventura.

²⁴ Carlos Moya. *Op. Cit.*, p. 264.